

Artículo de reflexión

Cómo citar: Amouriaux, J. (2021).
"El centro del universo" El Corazón
en el universo teológico de san Juan
Eudes. *Polisemia*, 17 (32), 30-52.
[http://doi.org/10.26620/uniminuto.
polisemia.17.32.2021.30-52](http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.17.32.2021.30-52)

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria
Minuto de Dios - UNIMINUTO

Recibido: 17 de septiembre 2021

Aceptado: 08 de octubre 2021

Publicado: 15 de octubre 2021

Jean Michel Amouriaux

“El centro del universo” El Corazón en el universo teológico de san Juan Eudes

“The center of the universe” The Heart in the Theological Universe of Saint John Eudes

«O centro do universo» O Coração no universo teológico de São João Eudes

Resumen

La espiritualidad de San Juan Eudes sobre el Corazón de Jesús y sus desarrollos litúrgicos y devocionales están sólidamente basados en la Biblia y en la tradición dogmática católica. El enfoque de Juan Eudes fue escuchar estas fuentes en relación con su propio camino espiritual, su fuerte experiencia apostólica y las expectativas de su tiempo. En el entrelazamiento de estos datos ofreció a la Iglesia una sólida teología sobre el Corazón de Jesús, que se encuentra en particular en el libro XII de su última gran obra *El Corazón admirable de la Sagrada Madre de Dios*. Su enfoque busca unificar todos los elementos de la teología bajo el signo del Corazón, por lo que significa: el amor de Dios entregado al mundo a través del Corazón de Jesucristo. Desde la creación hasta la parusía, todos los componentes de la fe encuentran su fuente en el Corazón humano-divino del Verbo Encarnado, ya que es el mismo amor que es, desde toda la eternidad, el que actúa y se entrega, para la vida del mundo. Esto es principalmente lo que este artículo quiere presentar y demostrar. Hay que añadir que, según san Juan Eudes, todas las actitudes del creyente se resumen en el gesto del Corazón entregado, un amor que transforma en sí mismo a todos los que lo reciben. Esta es una de las conclusiones de la encíclica *Haurietis aquas* del papa Pío XII sobre el Corazón de

Jean Michel Amouriaux

Francia

Congregación de Jesús y María.

Correo electrónico:
supgen.cjm@gmail.com



Cristo: "hay que dar tanta importancia al culto al sacratísimo Corazón de Jesús, como sería la profesión práctica de toda la religión cristiana". La tarea ahora es hacer más accesible este tesoro de la teología espiritual, que puede aportar a los creyentes y a su impulso misionero un dinamismo renovado, un nuevo ardor.

Palabras clave: antropología bíblica, Corazón de Jesús, comunión trinitaria, impulso misionero, experiencia apostólica

Abstract

The spirituality of St. John Eudes on the Heart of Jesus and its liturgical and devotional developments is solidly based on the Bible and on the Catholic dogmatic tradition. John Eudes' approach was to listen to these sources in relation to his own spiritual life, his strong apostolic experience and the expectations of his time. It is in the interweaving of these data that he offered the Church a solid theology on the Heart of Jesus, which is found in particular in book XII of his last great work *The Admirable Heart of the Most Sacred Mother of God*. His approach seeks to unify all the elements of theology under the sign of the Heart, for what it means: the love of God given to the world through the Heart of Jesus Christ. From creation to the Parousia, all the components of faith find their source in the human-divine Heart of the incarnate Word, since it is the same love that is from all eternity, that acts and gives itself, for the life of the world. This is mainly what this article wishes to present and demonstrate. It should be added that according to St. John Eudes, all the attitudes of the believer are summed up in the gesture of the Heart given, a love that transforms in itself all those who receive it. This is one of the conclusions of the encyclical *Haurietis aquas* of Pope Pius XII on the Heart of Christ: "such importance must be attached to the worship that must be given to the most sacred Heart of Jesus, as would be the practical profession of the whole Christian religion." The task now is to make this treasure of spiritual theology more accessible, which can bring to believers and their missionary desire a renewed dynamism, a new ardor.

Keywords: biblical anthropology, Heart of Jesus, trinitarian communion, missionary impulse, apostolic experience

Resumo

A espiritualidade de São João Eudes sobre o Coração de Jesus e seus desenvolvimentos litúrgicos e devocionais estão solidamente baseados na Bíblia e na tradição dogmática católica. O enfoque de João Eudes foi escutar estas fontes em relação ao seu próprio caminho espiritual, à sua forte experiência apostólica e às expectativas do seu tempo. É no entrelaçamento destes dados que ofereceu à Igreja uma sólida teologia sobre o Coração de Jesus, que se encontra em particular no livro XII da sua última grande obra



O admirável Coração da Sagrada Mãe de Deus. A sua abordagem procura unificar todos os elementos da teologia sob o sinal do Coração, pelo que significa: o amor de Deus entregue ao mundo através do Coração de Jesus Cristo. Desde a criação até à parusia, todos os componentes da fé encontram a sua fonte no Coração humano-divino do Verbo Encarnado, já que é o mesmo amor que é, desde toda a eternidade, o que age e se doa, para a vida do mundo. Isto é principalmente o que este artigo quer apresentar e demonstrar. Há que acrescentar que, segundo São João Eudes, todas as atitudes do crente se resumem no gesto do Coração doado, um amor que transforma em si mesmo todos os que o recebem. Esta é uma das conclusões da encíclica *Haurietis aquas* do Papa Pio XII sobre o Coração de Cristo: "é preciso dar tanta importância ao culto do Sacratíssimo Coração de Jesus, como seria a profissão prática de toda a religião cristã." A tarefa agora é tornar mais acessível este tesouro da teologia espiritual, que pode oferecer aos crentes e ao seu impulso missionário um dinamismo renovado, um novo ardor.

Palavras-chave: antropologia bíblica, Coração de Jesus, comunhão trinitária, impulso missionário, experiência apostólica



Juan Eudes: "Padre, doctor y apóstol del culto litúrgico a los Corazones de Jesús y María"

Con motivo de la beatificación del P. Juan Eudes, el papa San Pío X declaró:

Lo que se añade a los servicios prestados por Juan Eudes a la Iglesia es que, ardiendo en un amor muy especial por los Sagrados Corazones de Jesús y de María, fue el primero, por inspiración divina, en tener la idea de un culto litúrgico en su honor. Una práctica muy agradable, de la que debemos considerarlo: como Padre, ya que la honró desde el principio de su Instituto; como Doctor por el Oficio y la Misa que compuso con este fin; finalmente, como Apóstol, porque hizo todo lo posible por difundirla.

Y en 1925, en el momento de su canonización, el papa Pío XI lo declaró del mismo modo: "padre, doctor y apóstol del culto litúrgico de los Corazones de Jesús y María".

Las expresiones de los pontífices romanos son explícitas. Como *padre*, Juan Eudes "engendró" este culto para toda la Iglesia. Muchos otros santos y escritores espirituales han hablado de los corazones de Jesús y de María, y la expresión "corazón" está muy presente en las Escrituras, pero Juan Eudes ocupa un lugar único porque tiene la paternidad de esta fiesta, como subrayó el papa Pío XII en su encíclica *Haurietis aquas* sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús, en 1956: "San Juan Eudes fue el autor del primer oficio litúrgico en honor del Sagrado Corazón de Jesús, cuya fiesta se celebró por primera vez con la aprobación de muchos obispos de Francia, el 20 de octubre de 1672" (núm. 51)

Es el *doctor* de este culto litúrgico por la regla que prevalece en la tradición de la Iglesia: *lex orandi, lex credendi*. Los desarrollos teológicos de San Juan Eudes sobre el Corazón de Jesús y el Corazón de María ofrecen una doctrina bien fundamentada, basada sólidamente en las Escrituras y en la Tradición viva de la Iglesia, y al mismo tiempo accesible a todos los bautizados a través de la liturgia. El papa Benedicto XVI declaró en la audiencia general del 19 de agosto de 2009:

Juan Eudes quiso atraer a las personas, a los hombres y especialmente a los futuros sacerdotes, de vuelta al Corazón mostrando el corazón sacerdotal de Cristo y el corazón maternal de María. Todo sacerdote debe ser testigo y apóstol de este amor al Corazón de Cristo y de María.

San Juan Eudes fue un apóstol toda su vida, un sacerdote misionero, que predicaba en cada ocasión el amor apasionado de Dios por el género humano y por toda la Creación. Esta dimensión misionera pasa también por la celebración del culto, lugar de anuncio de la Buena Noticia y de la predicación del amor de Dios manifestado en el Corazón de Cristo.



La redacción del libro XII

El contenido principal del pensamiento de Juan Eudes sobre el Corazón de Cristo se encuentra en el libro XII de *El Corazón admirable de la Sagrada Madre de Dios*, titulado "Del Divino Corazón de Jesús", publicado al año siguiente de la muerte de su autor, en 1681. Esta obra de más de 1200 páginas ocupa un lugar muy especial en la vida de su autor, san Juan Eudes. De hecho, la redacción de este libro se menciona en el *Mémorial des bienfaits de Dieu* (*Memorial de las bendiciones de Dios*), un diario personal en el que Juan Eudes da cuenta de los acontecimientos y agradece todo lo que le ha sucedido. En el último párrafo, escrito de su puño y letra, Juan Eudes toma nota para la finalización del libro y, por así decirlo, de su propia historia, siendo consciente de haber realizado una obra magistral (OC XII, p. 135)¹:

Hoy, veinticinco de julio de este año de 1680, Dios me concedió la gracia de terminar mi libro sobre el *Corazón admirable de la Sagrada Madre de Dios*.

*Oh, Trinidad sacrosanta,
Vida eterna de los corazones,
Santidad del Corazón de María,
Reina en todos los corazones. ¡Amén!*

La salud de San Juan Eudes se deterioró y murió el 19 de agosto rodeado de sus hermanos Eudistas. Pudo completar esta obra, cuya última parte es el libro XII, escribiendo hasta el final, con la gracia de Dios, este gran tratado de teología espiritual, sin equivalente en la historia de la espiritualidad.

¿Cuándo tuvo Juan Eudes el proyecto de empezar a escribir teología? Algunos comentaristas² dicen que este proyecto nació ya en 1648, cuando escribió las oraciones de la misa y los oficios en honor del Sagrado Corazón de María, celebrados por primera vez públicamente el 8 de febrero de ese año. En una carta del 20 de octubre de 1672, dirigida a la Congregación para preparar a las comunidades a celebrar la fiesta en honor del Corazón de Jesús, Juan Eudes se refiere a la fundación de la Congregación en 1643 como el inicio de la devoción a los Corazones de Jesús y María:

Nuestro designio ha sido siempre, desde los comienzos de nuestra Congregación, contemplar y honrar estos dos amables Corazones como un mismo Corazón, en unidad de espíritu, de sentimiento y de afecto, como aparece de manera muy clara en la Salutación (*Ave Cor*) que a diario dirigimos al divino Corazón de Jesús y de María. (OC X, p. 460)

1 Se emplea en este texto la sigla OC para referirse a la edición francesa de las obras completas de san Juan Eudes, *Oeuvres Complètes du Vénérable Jean Eudes*, publicada entre 1905 y 1911 (Vannes: Imprimerie Lafoyle Frères). En cada cita se anota entre paréntesis la abreviatura seguida del tomo y el rango de páginas correspondientes.

2 Queremos rendir homenaje al P. Jacques Arragain, eudista, que ha escrito mucho sobre el tema y ha contribuido a difundir el pensamiento de san Juan Eudes.



Parece que en el pensamiento de Juan Eudes hubo tres períodos: de 1643 a 1648, la atención se centró en el Sagrado Corazón de María hasta llegar a la celebración litúrgica de la fiesta; de 1648 a 1668, Juan Eudes desarrolló una doctrina y un culto al Corazón de Jesús y de María, insistiendo en la unidad del Corazón como modelo de la vocación cristiana; y a partir de 1668, sus investigaciones se concentraron en el Corazón de Jesús, sin dejar nunca lo que había meditado anteriormente. Es evidente que el *Corazón admirable de la Sagrada Madre de Dios* es fruto de toda una vida de misión y oración, de lectura y meditación. Juan Eudes tiene ese genio de enlazar la pedagogía espiritual, el discurso teológico y la experiencia litúrgica; esto hace más difícil la lectura para algunos, pero su escritura es un acto completo que enlaza aspectos intelectuales, vivenciales y existenciales. Si el primer gran libro de San Juan Eudes, *La vida y el reino de Jesús en las almas cristianas*, publicado en 1637, nos ofrece la matriz de su enseñanza espiritual, *El Corazón admirable de la Sagrada Madre de Dios* es el fruto maduro de la misma, para el alimento espiritual de los discípulos de Cristo y la fuente de un nuevo dinamismo de vida y misión. En esta rica y densa obra, el duodécimo y último libro, "Del Divino Corazón de Jesús", acapara toda nuestra atención.

El libro XII consta de dos partes a las que se añaden apéndices (letanías y aprobaciones eclesíásticas). La primera parte, que consta de 20 capítulos, sigue una construcción metodológica muy utilizada por Juan Eudes: la relación del Corazón de Jesús con el Padre, con la Virgen María y con la Iglesia, de la que formamos parte. Después de establecer el vínculo, en el primer capítulo, entre los 11 libros anteriores sobre el Corazón de María, Juan Eudes aborda sucesivamente la relación del Corazón de Jesús con Dios Padre (capítulo 2), con su Madre, la Virgen María (capítulos 3 a 6), con la Iglesia (capítulo 7) y con "nosotros" (capítulos 8 a 13), en términos de la alianza que hay que vivir con él en la experiencia de la fe. Esta construcción sistemática conduce a una visión que abarca el conjunto de los misterios revelados por Dios y celebrados en la Iglesia, pues se trata de mostrar que el culto al Corazón de Jesús recapitula los misterios, en un simbolismo directo –el corazón– para un mensaje que puede entenderse sin rodeos: el amor de Dios se ha manifestado en plenitud en su Hijo, y ahí está la fuente de la salvación del mundo. Los capítulos 14 a 19 son extractos de autores espirituales, de los que Juan Eudes se inspira directamente para apoyar su argumentación, a menudo textos de tono místico, mostrando así las lecturas y los centros de interés de nuestro autor. La edición actual aporta aclaraciones y correcciones sobre los autores y las obras citadas. El vigésimo y último capítulo ofrece un exuberante estallido de 40 llamas de amor al Corazón de Jesús, un texto sublime de alta contemplación, como la respuesta múltiple de san Juan Eudes ante la inmensidad del misterio.

La segunda parte del libro XII consta de dos series de meditaciones. La primera serie, de 9 meditaciones, trata directamente de la preparación y el significado de la fiesta litúrgica en honor del Corazón de Jesús. La segunda serie, de 8 meditaciones, es de contenido teológico, con un énfasis tautológico, acento muy presente en nuestro autor. Juan Eudes pretende

mostrar que el resultado de sus observaciones es la contemplación del Corazón de Jesús en el centro de la historia de la salvación, el corazón del mundo transfigurado por el amor eterno.

Esta presentación sigue el enfoque del libro XII. El enfoque teológico de san Juan Eudes es, en todos los ámbitos y en sus diversas obras, una visión multidimensional. Esto hace que a veces su escritura sea compleja, pero tiene la ventaja de no agotar el misterio en un enfoque unívoco. Así, cuando trabaja un aspecto de la revelación o un elemento de la experiencia cristiana, Juan Eudes piensa a menudo en términos de tríptico: la Trinidad o el misterio de Dios, la Encarnación o el sentido de la vida de Jesucristo, y la salvación de la que se beneficia la humanidad, siempre con la mirada puesta en el "nosotros" del lector. Para nuestro tema, esto podría resumirse en tres sencillos planteamientos: la contemplación del corazón divino del Verbo en comunión trinitaria, manifestado en el corazón de carne de Jesucristo, ofreciéndose al mundo como el corazón nuevo, que realiza nuestra santificación. Juan Eudes presenta su estudio y sus meditaciones refiriéndose al Corazón de Jesús en términos de relación, pues nunca olvida que está hablando de la persona de Cristo en su dinamismo de vida, que se realiza en el amor y la entrega:

Ciertamente este admirable Corazón de Jesús es horno de amor a su divino Padre, a su santísima Madre, a su Iglesia triunfante, militante y purgante y a cada uno de nosotros en particular, según veremos en los capítulos siguientes (OC VIII, p. 209)

El significado de la palabra "corazón"

Antes de seguir adelante, es necesario aclarar qué significa la palabra "corazón". El corazón se refiere a la persona humana unida por el amor, según la antropología bíblica y tradicional. Cuando el papa Francisco medita sobre la capacidad humana de conocer y situarse en la realidad, habla del corazón humano en la encíclica *Lumen fidei* (2013):

En la Biblia el corazón es el centro del hombre, donde se entrelazan todas sus dimensiones: el cuerpo y el espíritu, la interioridad de la persona y su apertura al mundo y a los otros, el entendimiento, la voluntad, la afectividad. Pues bien, si el corazón es capaz de mantener unidas estas dimensiones es porque en él es donde nos abrimos a la verdad y al amor, y dejamos que nos toquen y nos transformen en lo más hondo. La fe transforma toda la persona, precisamente porque la fe se abre al amor. Esta interacción de la fe con el amor nos permite comprender el tipo de conocimiento propio de la fe, su fuerza de convicción, su capacidad de iluminar nuestros pasos. (núm. 26)

El corazón es la fuente de la vida, la unidad de la persona y el amor. Este concepto es el que el evangelista san Lucas utiliza para hablar de la Virgen María, dos veces en el capítulo 2 de su Evangelio (versículos 19 y 51). El



corazón se entiende en referencia a todo un conjunto de experiencias existenciales, donde se mezclan y unifican los sentimientos, la inteligencia y los movimientos de la voluntad. Encontramos esta concepción en el *Catecismo de la Iglesia católica*:

El corazón es la morada donde yo estoy, o donde yo habito (según la expresión semítica o bíblica: donde yo "me adentro"). Es nuestro centro escondido, inaprensible, ni por nuestra razón ni por la de nadie; sólo el Espíritu de Dios puede sondearlo y conocerlo. Es el lugar de la decisión, en lo más profundo de nuestras tendencias psíquicas. Es el lugar de la verdad, allí donde elegimos entre la vida y la muerte. Es el lugar del encuentro, ya que, a imagen de Dios, vivimos en relación: es el lugar de la Alianza. (núm. 2563)

De este modo, la persona humana es comprendida en su dinamismo interior, en busca de la verdad y del amor, creada para conocer y amar utilizando todos los componentes de su ser, de los que recibe la gracia a través del encuentro con Cristo. El corazón no es solo un órgano ni un símbolo, sino la descripción de una realidad antropológica fundamental: el lugar personal de unificación del ser que se realiza amando más.

Todos los elementos constitutivos de la persona humana, con la multiplicidad de sus componentes, están llamados a vivir de forma unificada y a servir a la propia persona para responder a su vocación; más allá de la permanente profusión de experiencias humanas, existe una unidad personal, una obra en marcha, que la fe en Cristo hace posible en grado sumo. Un texto muy revelador de santa Teresa Benedicta de la Cruz, citado por Stein (1982), ofrece una visión de gran alcance del corazón humano, con expresiones sublimes:

El corazón es propiamente el centro de la vida. Con ello nos referimos, por supuesto, al órgano a cuyos latidos está ligada la vida del cuerpo, pero también entendemos coloquialmente por este término la parte más profunda del alma, obviamente porque el corazón es el más interesado en lo que ocurre en lo más profundo del alma, y porque la conexión del cuerpo y el alma no se siente en ningún lugar de forma más directa. En el nivel más profundo, el alma en su esencia está abierta a lo profundo. Cuando el yo vive en este lugar –en el suelo de su ser, donde tiene precisamente su morada y su lugar– vislumbra algo del sentido mismo de su ser y siente su fuerza reunida más allá de todos sus componentes aislados. Y si puede vivir desde ahí, su vida será plena y alcanzará la cima de su ser. Los valores que se reciben y alcanzan esta profundidad no sólo permanecerán en la memoria, sino que podrán pasar a la carne y a la sangre. Así es como se crea esa fuente de fuerza vivificante en el alma. (p. 72).

La fe cristiana hace posible esa autorrealización que toda persona espera y por la que trabaja lo mejor que puede. La fe en Jesucristo se convierte en un principio unificador del ser humano, porque él mismo, en su persona, es el agente principal.



El gran milagro de la Encarnación consiste en que Dios, tomando nuestra condición en Jesucristo, da pleno sentido o cumplimiento a esta realidad antropológica del corazón. Esto, precisamente, lo meditó y trabajó San Juan Eudes, y le dio una dimensión teológica de amplitud universal, percibiendo que el misterio contemplado en el centro de la historia y de toda la realidad es el Corazón divino de Jesús.

El Corazón divino de Cristo en la comunión trinitaria

Cuando Juan Eudes habla de Jesucristo, lo hace siempre bajo el signo de su filiación divina. Mientras que el enfoque contemporáneo centra su meditación más en lo que Cristo hace por sus discípulos y más ampliamente por el género humano, Juan Eudes tiene siempre un "primero y principal" que se refiere a la comunión trinitaria. Esto es el amor en su esencia. La relación de engendramiento del Padre y la respuesta de la filiación del Hijo son fuentes permanentes del Espíritu. Juan Eudes eleva la mirada de la fe a esta contemplación del amor del Padre y del Hijo, en páginas que conducen al lector a consideraciones místicas.

¿Qué inteligencia podría concebir y qué lengua podría expresar la mínima centella del amor infinito a su Padre en que se abrasa el Corazón del Hijo? ¡Es amor digno de tal Padre y de tal Hijo! ¡Es amor que iguala maravillosamente las perfecciones inefables de su objeto amado! ¡Es Hijo infinitamente amante que ama a un Padre infinitamente amable! ¡Dios que ama a otro Dios! ¡Amor esencial, que ama al amor eterno; amor inmenso, incomprensible, infinitas veces infinito, que ama a un amor inmenso, incomprensible, ¡infinitas veces infinito! (OC VIII, p. 209)

Este Corazón divino es el misterio mismo de Dios como amor. Así, cuando el pedagogo Juan Eudes acompaña la contemplación del corazón de Jesús en tres dimensiones (habla de tres corazones), presenta el Corazón divino como la comunión trinitaria misma:

El primero es su Corazón Divino que desde toda eternidad ha tenido en el seno de su Padre, y que no es sino el Corazón y el amor de su propio Padre y que juntos, constituyen el principio del Espíritu Santo. Por esta razón, cuando nos dio su Corazón, nos dio al mismo tiempo el de su Padre y el de su Divino Espíritu [...] El segundo Corazón de Jesús es su Corazón espiritual, que es la voluntad de su alma santa, la cual es una facultad puramente espiritual, cuyo objeto es amar [...]. El tercer Corazón de Jesús es el santísimo Corazón de su cuerpo deificado, que es hoguera de amor divino y de amor indecible hacia nosotros. Porque este Corazón sagrado, hipostáticamente unido a la persona del Verbo, está abrasado en las llamas de su amor infinito a nosotros; amor tan ardiente que le impele a llevarnos siempre en su propio Corazón. (OC VIII, 1098, pp. 344-345)

Este enfoque fue retomado por el papa Pío XII en la encíclica *Haurietis aquas* (1956), consagrando, por así decirlo, lo que Juan Eudes había propuesto en sus investigaciones de teología espiritual:

No hay duda de que el Corazón de Cristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, palpó de amor y de todo otro afecto sensible; más estos sentimientos estaban tan conformes y tan en armonía con su voluntad de hombre esencialmente plena de caridad divina, y con el mismo amor divino que el Hijo tiene en común con el Padre y el Espíritu Santo, que entre estos tres amores jamás hubo falta de acuerdo y armonía. (n. 12)

Cabe preguntarse qué aporta la expresión "corazón" al planteamiento trinitario, ya que la teología de las relaciones trinitarias es anterior a nuestro autor. En el pensamiento de Juan Eudes, el hecho de hablar del corazón insiste en tres elementos:

- El significado de la palabra corazón como esencia de una persona, incluso cuando se trata de la Trinidad, muestra que la esencia de Dios es el amor. Así, no duda en hablar del Corazón del Padre e incluso del Corazón del Espíritu Santo, y más aún del "Corazón adorable de las tres personas divinas" (OC VIII, p. 262). La palabra "corazón" añade aquí a la comprensión la conjunción de las ideas de *amor, unidad y don*, elevadas a la medida de Dios, o más aún a su inmensidad e infinitud.
- La esencia misma del amor es dar, y el signo más elevado por excelencia es dar el corazón; así, en esta visión, las personas divinas se aman, es decir, se dan sus corazones mutuamente, son regalos de sí mismos. Este "en otras palabras" tiene todo su valor, porque la teología busca precisamente decir el misterio, y aquí la palabra que permite expresar este don divino del amor es el corazón.
- Hablar del corazón en la Trinidad permite también expresar que el Verbo posee desde toda la eternidad este corazón divino que es el mismo que se encarnó, en el momento querido por Dios, en el corazón humano de Jesús de Nazaret; no es otro corazón que el que tomó forma humana en la persona del Verbo encarnado. La Encarnación hizo visible lo que es eterno, el amor infinito de Dios, a través del corazón del Hijo.

Si la palabra "Corazón" es utilizada por Juan Eudes para hablar de Dios como misterio de comunión en el amor, también la utiliza para describir la obra de Dios. La creación se entiende como la realización del proyecto divino de asociar las múltiples criaturas a la alabanza de amor del Hijo al Padre; es el proyecto que brota de su amor. La creación por el Verbo y el Espíritu, las dos manos del Padre según San Ireneo (véase *Adversus haereses* V, 1,3), asocia la multitud de criaturas con el amor al Padre, el Corazón divino del Hijo uniendo estas múltiples voces que cantan el amor del Padre y reciben de él luz y vida.

De igual manera, nuestro Salvador nos ama con amor inmenso, que llena el cielo, la tierra y el infierno. El cielo, porque anima a todos sus ciudadanos a amarnos como a ellos mismos; los hace partícipes del amor que él nos tiene, y nos ama por ellos. La tierra, de tres maneras: 1. Porque nos ama dondequiera que está



en la tierra. 2. Porque por nuestro amor creó, conserva y gobierna cuanto hay en el universo. Lo que hace decir a san Agustín estas hermosas palabras: *El cielo y la tierra, y cuanto hay en el cielo y en la tierra no dejan de decirme que ame a mi Dios.* (OC VIII, p. 278)

Este punto es esencial para comprender la espiritualidad del Corazón y, más ampliamente, la de san Juan Eudes, pues la creación es el primer don de Dios, que Cristo realiza como Verbo creador y que perfecciona con su encarnación. Así, en los *Entretiens intérieurs (Coloquios interiores, 1662)*, Juan Eudes medita sobre la creación de la persona humana en el plan eterno de Dios y, luego, introduce el tema del bautismo para mostrar cómo este don que viene del Salvador cumple el primer don de la creación. Asimismo, la encarnación del Hijo tiene como motivo ofrecer al Padre una alabanza y un amor dignos de él, compartiendo las criaturas su condición, y, más aún, tomándolas en el don de sí mismo, en su ofrenda, en el ofrecimiento de su Corazón "para alabanza de su gloria" (Ef 1,12). La teología de la creación encuentra su motivo en el amor trinitario, cuya naturaleza es darse y derramarse, así como la encarnación tiene su motivo en el diálogo de amor con el Padre, para ofrecerle "adoradores en espíritu y en verdad" (Jn 4,23). De este modo, el Corazón del Hijo se contempla en la obra de la creación y en el proyecto de la encarnación. Así también, estas líneas que contemplan el misterio del Corazón de Cristo enteramente dedicado a la alabanza del Padre y que asocia a toda la creación en su obra de salvación:

El amor increado y eterno, el Espíritu Santo, fabricó este templo magnífico, construyéndolo con la sangre virginal de María, la Madre del amor. Fue consagrado y santificado por el soberano pontífice y por la unción de la divinidad; está dedicado al amor eterno; es infinitamente más santo que todos los templos materiales y espirituales habidos y por haber en el cielo y en la tierra, y es también mil veces más digno y venerable que ellos. En este templo Dios recibe adoraciones, alabanzas y glorificación dignas de su grandeza infinita. En este templo el soberano predicador nos anuncia la verdad sin cesar. Es templo eterno, que nunca se acabará. Es el centro de la santidad, que no puede ser profanado; está adornado de todas las virtudes cristianas en el más perfecto grado y de todas las perfecciones divinas. (OC VIII, p. 1753)

El Corazón de Jesús no es solo el templo sino también el altar del amor divino. Sobre este altar, noche y día brilla el fuego sagrado de este mismo amor; sobre este altar el soberano sacerdote Jesús ofrece sin cesar varias clases de sacrificios a la santísima Trinidad. En efecto, en primer lugar, se ofrece y se sacrifica a sí mismo como víctima de amor, como la más santa y más preciosa víctima habida y por haber; se sacrifica enteramente, inmolando su cuerpo, su alma, su sangre, toda su vida, todos sus pensamientos, palabras y acciones; hace este sacrificio total a perpetuidad con amor infinito. En segundo lugar, sacrifica cuanto su Padre le ha dado, es decir, todas las criaturas racionales e irracionales, sensibles e insensibles, animadas e inanimadas. Las inmola en sacrificio de alabanzas a su Padre.



El divino Corazón de Jesús no es solo el templo y el altar, sino también el incensario del divino amor. De este incensario de oro se habla en el capítulo octavo del Apocalipsis, que san Agustín aplica al amable Corazón de Jesús. En este incensario todas las adoraciones, alabanzas, oraciones, deseos y afectos de todos los santos son puestos para ser ofrecidos a Dios en el Corazón de su amadísimo Hijo, como perfume de grato olor a su divina Majestad. Procuremos depositar también en él todos nuestros ruegos, nuestros deseos y nuestras devociones; los piadosos afectos del corazón, nuestros corazones mismos con todo cuanto hacemos y somos, suplicando al rey de los corazones que purifique y santifique todo, y que como incienso de suave olor lo ofrezca a su Padre. (OC VIII, pp. 337-338)

La visión teológica de San Juan Eudes es amplia, va de la Trinidad a la Trinidad, e incluye la creación, la encarnación, la redención y la participación del mundo en el amor que brota del Corazón del Hijo. La realidad del pecado está incluida en la obra mayor de la alabanza trinitaria. Juan Eudes no ignora el pecado y sus consecuencias, pero lo inserta en un designio mayor, la participación de la creación en la alabanza del Padre. Esta amplia visión, que se unifica en la contemplación del Corazón del Hijo, es subrayada por la Comisión Teológica Internacional (1979):

El hombre fue creado para integrarse en Cristo y, por tanto, en la vida de la Santísima Trinidad. Cualquiera que sea el alejamiento pecaminoso de Dios, es menos profundo que el alejamiento del Hijo del Padre en su despojo kenótico (Flp 2,7) y la angustia del "abandono" (Mt 27,46). Es el aspecto, propio de la economía de la Redención, de la distinción de las Personas de la Santísima Trinidad, que, por otra parte, están perfectamente unidas en la identidad de la misma naturaleza y en un amor infinito. (p. 238.)

El amor que brota del Corazón del Hijo es más grande y poderoso que todos los defectos de la humanidad, de modo que el proyecto inicial de Dios de asociar a las criaturas a su alabanza y a la comunión en el amor supera los obstáculos y las limitaciones provocadas por el pecado. Esto debe entenderse en tiempo presente: el don es actual, y es el objeto de la fe. En otras palabras, la encarnación del Verbo colma la naturaleza humana dándole la plena capacidad de su vocación: que todo su ser sea comunión en el amor, ya que fue creado a imagen de Dios y recibe su orientación fundamental de Dios. En la persona de Jesucristo, toda la naturaleza humana recibe la gracia de esta realización, que cada persona en el curso histórico de su existencia tiende a vivir efectivamente. Los profetas habían anunciado el don del nuevo corazón, que Juan Eudes inscribió en la misa en honor del Corazón de Jesús eligiendo al profeta Ezequiel (cap. 36). Esta visión, que vincula creación, encarnación y realización, tiene un eco bien conocido en la constitución conciliar *Gaudium et spes*:

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación



del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona.

El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado. (Concilio Vaticano II, constitución pastoral *Gaudium et spes*, núm. 22)

El sentido de la salvación se centra sobre todo en la encarnación, que incluye la redención; no es la redención la que motiva la encarnación, sino que la presupone. Al asumir la naturaleza humana, Cristo se enfrenta al pecado, entendido como aquello que desfigura a la humanidad y le impide cumplir su vocación original. Esta confrontación llega hasta la muerte de la cruz, como lugar del mayor amor, donde Cristo se acerca a los más alejados, llevando en su corazón el abismo del pecado. Juan Eudes elige precisamente los textos del Cantar de los Cantares para meditar el Viernes Santo, porque es el mismo amor que le lleva a la encarnación y que le lleva a la cruz; desciende al pesebre mientras yace en la cruz. Y es elevado en la cruz, como dice el prefacio de la Misa del Sagrado Corazón: "Se entregó por nosotros y de su costado traspasado derramó la sangre y el agua de la que brotan los sacramentos de la Iglesia, para que todos, atraídos por el Corazón abierto del Salvador, no dejen de acudir y de extraer con alegría las fuentes vivas de la salvación".

La salvación así entendida es un paso a la vida nueva que ha adquirido y manifestado Cristo resucitado. La resurrección no es un añadido a la encarnación, sino una revelación del plan de Dios: la creación está llamada a la transfiguración, es decir, a participar en la gloria de Dios y en la comunión trinitaria. Esta es la obra de la encarnación del Verbo, que conduce a la humanidad a la alabanza de la gloria del Padre. En el centro de todos estos aspectos del mismo misterio, Juan Eudes contempla el Corazón de Cristo, en su divinidad y humanidad.

El Corazón divino de Jesús en su humanidad

El Corazón divino del Hijo es contemplado en su esencia y en su actividad. Este Corazón es una alabanza perpetua al Padre, incluso en el curso de la vida del Verbo encarnado. Que esta relación sea inmensa e infinita en la Trinidad no es tan sorprendente como considerar la misma intensidad de amor experimentada por el Verbo en su encarnación, desde el tartamudeo de los primeros días hasta la agonía en la cruz. Así es como Juan Eudes considera el Corazón de Cristo, tanto en el ardor inaccesible de la comunión trinitaria



como en el despliegue de la existencia terrenal del Verbo encarnado. En otras palabras, esta llama -un tema muy querido por Juan Eudes- nunca se apaga, ni siquiera en la muerte.

Ciertamente, gran parte de los escritos de San Juan Eudes se refieren a la contemplación del Corazón de Jesús, como Verbo Encarnado, de la que una parte importante se centra en la relación con la Virgen María. El Dios invisible se ha manifestado en Jesucristo, "imagen del Dios invisible" (Col 1,15), en quien "toda la plenitud de la divinidad habita en el cuerpo" (Col 2,19). Juan Eudes heredó, por un lado, la cristología calcedoniana, con su visión de la unión de la divinidad y la humanidad en la persona del Verbo; y también heredó la visión de la persona humana como una unión de cuerpo y alma. Y esto es visible en su percepción del Corazón de Cristo, que describe en tres dimensiones ("tres corazones"). Juan Eudes presenta el Corazón divino, y en el corazón humano destaca el corazón espiritual y el físico. Es notable que esta visión, ciertamente artificial, porque estos tres corazones "son, sin embargo, un solo Corazón por la estrechísima unión que tienen entre sí" (OC VIII, p. 344) tiene el mérito de enunciar muchos elementos de la doctrina sobre el Corazón de Jesús. La encíclica del papa Pío XII lo resume magistralmente:

En realidad, Él ha unido a su Divina Persona una naturaleza humana individual, íntegra y perfecta, concebida en el seno purísimo de la Virgen María por virtud del Espíritu Santo. Nada, pues, faltó a la naturaleza humana que se unió al Verbo de Dios. El la asumió plena e íntegra tanto en los elementos constitutivos espirituales como en los corporales, conviene a saber: dotada de inteligencia y de voluntad todas las demás facultades cognoscitivas, internas y externas; dotada asimismo de las potencias afectivas sensibles y de todas las pasiones naturales. (*Haurietis aquas*, 1956, núm. 11)

Esta doctrina afirma la identidad entre el corazón en su misterio invisible y el corazón que lo hace visible en la persona de Cristo. Esto se dice de otra manera en el famoso axioma metodológico de Karl Rahner: "La Trinidad que se manifiesta en la economía de la salvación es la Trinidad inmanente, y viceversa". Así se podría decir del Corazón: el Corazón de Jesús que se manifiesta en la economía de la salvación es el Corazón del Hijo de Dios en la Trinidad. Este es un punto esencial para nuestra comprensión: la Trinidad ha hecho del Corazón de Jesús el depósito de todo el amor trinitario, y este Corazón es, por tanto, su manifestación perfecta. Esto permite a Juan Eudes multiplicar las afirmaciones, como dicen los títulos de las meditaciones: "el Corazón de Jesús es el santuario y la imagen de las perfecciones divinas", "el Corazón de Jesús nos ama con un amor eterno e inmenso", "el Corazón de Jesús nos ama como su Padre le ama", etc. Una expresión pretende decir cuánto contiene el Corazón de Cristo todo el amor de la Trinidad, de la Virgen, de los ángeles, de los santos y de todos los hombres hasta el final de los tiempos. La intención es clara, pero la idea de contener no es probablemente adecuada; más bien, la idea sería recibir y dar en un movimiento perpetuo, porque el amor no se contiene, sino que se realiza, dando y recibiendo, en la multiplicidad de situaciones y relaciones.



El segundo elemento que debe destacarse es el realismo de la encarnación: Cristo asumió la condición humana en todos sus componentes, tanto físicos como psicológicos. Juan Eudes tiene magníficas páginas sobre el Corazón de Jesús "construido con la sangre virginal de la Madre del amor" (OC VIII, 337), sin omitir nunca la corporeidad de Jesús, como lugar efectivo de la manifestación del amor. El corazón físico también se evoca en las mediaciones en la cruz, con la insistencia de Juan Eudes en el paroxismo del amor en el madero del suplicio, evocando el estallido del corazón por amor, y luego la apertura del costado del que brotaron la sangre y el agua (véase Jn 19,34).

Este cuerpo está animado por el alma, que Juan Eudes llama "corazón espiritual". Su representación del alma corresponde a un esquema preciso, concéntrico y dinámico, con sus componentes y sus itinerarios; esto está en consonancia con lo que San Pablo llama "el hombre interior" (Ef 3,16). Se trata aquí de todos los componentes psíquicos de la persona humana, que las distintas tradiciones han tratado de representar. Juan Eudes retoma elementos clásicos como la triple dimensión del alma, que comprende la inteligencia, la memoria y la voluntad, insistiendo en esta última "cuya función propia es amar" (OC VIII, 345). Lo esencial es mostrar cómo Cristo es verdaderamente humano, en todos los componentes de su ser personal, y que estos están animados por el amor que brota de su corazón y que, en consecuencia, están al servicio de este mismo amor. En otras palabras, todo el ser personal de Cristo está animado por el amor, todo lo que dice, hace y piensa es un acto de amor. Tal es el objeto de la contemplación de Juan Eudes, que le llevó a la fuente de la que brota este amor, el Corazón divino de Jesús.

En la persona de Jesús, los creyentes contemplan lo que la Tradición ha llamado la unión hipostática, que Juan Eudes menciona varias veces. Así, la contemplación del Corazón en sus tres dimensiones es otra forma de afirmar esta unión, plenamente realizada, definitivamente sellada. El corazón no puede estar dividido, sino que, por el contrario, es el signo de la unión alcanzada entre el hombre y Dios en la persona de Cristo; la unión es el fruto de una unidad entre realidades distintas: el hombre y Dios, el cuerpo y el alma. Para san Juan Eudes, el Corazón es, pues, el signo de la salvación del género humano, porque el Corazón divino se ha casado para siempre con el corazón de la persona humana, como dice el citado texto conciliar de la *Gaudium et Spes*: "El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre" (núm. 27). En este Corazón está sellada para siempre la nueva y eterna alianza que Dios quiso desde la fundación del mundo, para que los hombres usen su libertad para amar a imagen de lo que el Hijo realizó en la tierra.

La unión más eminente y perfectamente realizada es la unión entre el Corazón divino de Jesús y el Corazón de María. El corazón del Dios-hombre es uno con el corazón de la primera criatura, totalmente transformado en amor, sin ningún obstáculo. El proyecto de san Juan Eudes es celebrar "estos dos amables corazones como un solo Corazón en unidad de mente, sentimiento y afecto" (OC X, p. 460); la unión lograda permite lo singular.



Es común encontrar esta expresión “unidad de mente, voluntad, amor y afecto” (OC VIII, p. 128). Es a través del corazón carnal del Hijo como se realiza realmente la unión, pero aún más, es el Corazón de Dios unido al Corazón de María. El Corazón de María es admirable en su perfecta unión con el Hijo; en cierto modo, lo que los discípulos comprenden y admiran en la experiencia única de la Madre de Dios, saben que es lo que Dios les promete. El Corazón de María es el signo del éxito del plan de Dios. El Corazón de Cristo dio su primer fruto uniéndose al Corazón de su Madre, compartiendo con ella todos los tesoros de la gracia que residen en ella, hasta hacerla partícipe de la gloria de Dios, es decir, del amor trinitario.

En su carta a las comunidades ya citadas, san Juan Eudes habla del “divino Corazón de Jesús y María”. Aquí va más allá de la mera armonía psíquica entre los dos corazones y afirma una gran verdad teológica, a saber, que el Espíritu Santo tomó posesión de las facultades de María de tal manera que todo su ser se transformó. Encontramos aquí el paradigma paulino de la formación (*morphe*) que se declina en él como transformación (*metamorphè* en 2Co 3,18 y Rm 12,2, y *synmorphè* en Ph 3,10.21). Hay, pues, una unión moral y afectiva, pero también y sobre todo una unión mística entre el Corazón del Hijo y el de la Madre, una divinización del Corazón de María por la gracia transformadora del Hijo. El Corazón inmaculado de la Virgen María se contempla, así como la obra maestra de Dios, cuando la unción de la gracia obtenida por el sacrificio del Hijo actúa con la fuerza del Espíritu Santo y unifica a los seres, los une entre sí y con Dios. Hay una unión moral y una unión mística, ambas fruto de la gracia de Cristo, que eligió por puro amor asociar a esta humilde criatura al plan de salvación. Hay, por supuesto, una diferencia esencial entre los dos corazones, una diferencia de naturaleza que solo el amor infinito de Dios es capaz de compensar con su voluntad de hacerla partícipe de su propia vida. Este es el misterio mismo del Corazón: el amor infinito que es Dios apareció en el mundo en la persona de Jesús, el Verbo hecho carne de la Virgen María, y que por su gracia la asoció con toda su vida, con todo su ser, con su centro más íntimo que es su corazón:

Si bien el Corazón de Jesús es diferente del de María y lo sobrepasa infinitamente en excelencia y santidad, Dios ha unido tan estrechamente esos dos Corazones que se puede decir con verdad que no son sino un solo Corazón: porque están siempre animados de un mismo espíritu y llenos de los mismos sentimientos y afectos. Si san Bernardo dice que él no tiene sino un corazón con Jesús, y si añade que los primeros cristianos no tenían sino un corazón y un alma por la muy íntima unión que existía entre ellos, cuanto más puede decirse que Jesús y María no tienen sino un alma y un Corazón, habida cuenta de la perfectísima unión y conformidad de espíritu, voluntad y sentimiento que hay entre tal Hijo y tal Madre. Añade a esto que Jesús de tal manera vive y reina en María que es el alma de su alma, el espíritu de su espíritu y el Corazón de su Corazón. (OC VIII, pp. 129-130)

Esta unión es el tema de toda la obra *El Corazón admirable de la Sagrada Madre de Dios*, obra maestra de San Juan Eudes, que canta a lo largo de las páginas cómo el Corazón de la Virgen María experimentó la unión

transformadora, y cómo ella a su vez acompaña a todos los que se dejan atrapar por el don de Dios. Y así sucede con todos los que, en la comunión de los santos, viven la misma experiencia de su transformación a través de la unión con el Corazón de Cristo; cada uno acompaña y ayuda a los que acogen el don más inestimable del amor de Dios manifestado en el Corazón de Jesús.

El Corazón de Cristo entregado por nosotros y nuestra salvación

El enfoque meditativo de Juan Eudes continúa. Si, en primer lugar, contempla el Corazón de Cristo en el misterio trinitario, fuente y realización de la creación, asociado a la alabanza de este Corazón; si, en segundo lugar, da cuenta del misterio de la Encarnación, de la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana manifestada en el Corazón del Señor, la tercera instancia de la teología del Corazón trata de lo que hace por nosotros y nuestra salvación.

El Corazón de Jesús se manifestó en el mundo para cumplir el designio original: que todo lo que respira sea para alabanza del Padre, con y por el Hijo, en la gracia del Espíritu Santo. Esta encarnación tuvo lugar en la carne y más aún en la carne herida por el pecado. A Cristo se le encomendó la misión "para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn 11,52), para que pudieran encontrar el camino perdido de vuelta a su propia identidad, como criaturas asociadas a la alabanza del Hijo, y como hermanos entre sí y con toda la creación. ¿Cómo podemos ofrecer a Dios la alabanza que le corresponde? ¿Cómo podemos amarlo con todo nuestro corazón? Juan Eudes lo entiende bien: solo el Corazón de Dios puede responder, es la gracia del Corazón de Jesús. Es en este Corazón donde la humanidad puede responder, uniéndose al amor del Hijo por el Padre, la humanidad puede responder al amor del Padre. El Hijo se pone del lado de la criatura, y tomando sobre sí todo lo que se opone al Padre, se presenta ante él en nuestro favor. El amor del Padre le llevó a este envío del Hijo en nuestro nombre, y el Hijo responde representándonos, de nuevo en nuestro nombre. Es aquí donde la unión de las naturalezas divina y humana encuentra un interés supremo: es el Dios misericordioso que viene a la criatura en su debilidad, es el hombre que responde en nombre de todos sus hermanos humanos. En su persona tenemos la mano tendida de Dios y la respuesta en nombre de toda la humanidad. Este es su Corazón: se entrega a nosotros y se entrega al Padre, y nos permite entregarlo al Padre como propio.

La Tradición ha llamado a este acto de restablecimiento de la comunión "reparación". Cristo nos hace el inmenso regalo de la reparación al reconciliarnos con Dios: "Porque es Dios quien, en Cristo, reconcilió al mundo consigo mismo: pasó por alto las iniquidades y puso en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, y a través de nosotros Dios mismo apela: *Os pedimos en nombre de Cristo, reconciliaos con Dios. El que no conoció pecado, Dios se identificó con el pecado por nosotros, para que en él llegáramos a ser justos en la misma justicia de Dios*". (2Cor 5,19-21,



cursivas añadidas). Y más aún, nos regala el participar en su acción restauradora, permitiéndonos presentarnos ante el Padre con el Corazón del Hijo. Esto es lo que Juan Eudes entendió de manera eminente: el Corazón de Jesús se entrega a la humanidad para que ella pueda ofrecerlo al Padre como propio. Juan Eudes utiliza este término de “reparación”, siempre en el sentido de apropiarse de lo que Cristo ha hecho por nosotros:

El Hijo de Dios nos ha dado su Corazón no solamente para que sea modelo y norma de nuestra vida, sino también nuestro corazón. Quiere que, con este Corazón, inmenso, infinito y eterno podamos tributar a Dios todos los homenajes que le debemos, y cumplir las obligaciones que tenemos con su divina Majestad, de manera digna de sus infinitas perfecciones. (OC VIII, p. 321)

Ciertamente, el enfoque más original de san Juan Eudes está en su lógica de la *participación*. Es una forma de vivir y expresar la experiencia espiritual. La palabra “participación” es esencial para entender su teología espiritual. Esta palabra significa que la persona no queda fuera del objeto que contempla, sino que hay una comunicación que afecta a ambas partes, como en una relación entre personas. Es decir, lo que contemplo en la fe no es una idea, sino una realidad espiritual que tiene la capacidad de alcanzarme y afectar a mi ser personal. Este vocabulario de participación está muy presente desde la publicación de la primera obra importante de San Juan Eudes, *La vida y el reino de Jesús en las almas cristianas*. Juan Eudes lo utiliza para hablar de los misterios de la vida de Jesús, esto es, de las diferentes circunstancias de su vida terrenal, tratando de pasar de lo que se describe en las Escrituras a la percepción de lo que Cristo experimentó en su interior. El proceso podría terminar ahí, con el discípulo tratando de reproducir en su propia vida lo que percibió del Maestro. Sin embargo, este no es el enfoque de Juan Eudes: para él, lo que Cristo experimentó en su interior fue la obra de una persona divina, es decir, la manifestación de lo que es. Si las circunstancias han pasado, el contenido de lo vivido nunca pasa. Por el contrario, lo vivido en el tiempo revela una actitud eterna, y quien lo contempla puede pedir formar parte de él. En virtud de la divinidad de Cristo, lo que se manifestó en su humanidad se hace accesible para nosotros. Ya no se trata de una imitación de Cristo, sino de una participación en su vida, pues esto es lo que quiere ofrecer.

Esto se puede entender muy fácilmente con respecto al amor: todo el amor que Cristo desplegó en su vida no es simplemente un ejemplo para imitar, sino lo que el discípulo desea y recibe: participar en el amor del Corazón de Jesús. Tal es la esencia de lo que Juan Eudes quiere hacernos comprender y aún más ofrecer a cada uno: amar con el mismo amor de Dios, vivir con el mismo Corazón de Cristo. Juan Eudes lo dice con claridad:

Jamás podremos comprender y estimar suficientemente la gracia inconcebible que nos dio Nuestro Señor al darnos su divino Corazón. Imagina un hombre tan amado de su soberano que pueda decir con verdad: “El Corazón del rey es mío; yo poseo el Corazón de mi soberano”. ¡Qué dicha para él! ¡Qué gran motivo de alegría! Pero para nosotros hay algo infinitamente más. Es una



verdad incontestable que el rey de los reyes nos ama tan ardientemente que cada uno puede decir con verdad: "El Corazón de mi Jesús, es mío; yo poseo el Corazón de mi salvador". (OC VIII, p. 318)

La pedagogía espiritual consiste en dar el más grande espacio interior en uno mismo a este don de Dios. Es un simple proceso de verdad: reconocer humildemente que nos falta fuerza para hacer del amor el dinamismo permanente que anima nuestras relaciones con los demás, con Dios, con la creación. Ciertamente, la persona humana creada a imagen de Dios tiene la capacidad de amar, pero esta capacidad es débil y a veces se utiliza mal. La antropología teológica subyacente es que la persona humana se realiza en su relación con Dios, o sea, desplegando la dimensión espiritual de su ser, con el riesgo de solipsismo que el término "relación" evita. Abrir un espacio interior al don de Dios es lo que le es posible a la persona humana, ponerse a disposición del don, con el solo acto de fe a formular, sin tener otras garantías:

¡Oh Salvador mío! Sírvete del poder de tu brazo para separarme de mí mismo y unirme a ti; para arrancarme este mezquino corazón y en su lugar poner el tuyo a fin de que pueda decir: *Oh Señor mío, te alabaré y amaré con todo mi corazón* (Sal 11,1), es decir, con todo el gran Corazón de Jesús, que es mi propio Corazón.

¡Oh, Corazón de mi salvador, amabilísimo y todo amor! Sé el corazón de mi corazón, el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu, la vida de mi vida, y el principio único de mis pensamientos, palabras y obras, de todo el uso de las facultades de mi alma y de todos mis sentidos interiores y exteriores. (OC VIII, p. 323)

El enfoque del creyente es adherirse por amor al Corazón de Jesucristo. Juan Eudes insiste en una actitud, y esto es cierto en todos sus escritos: el reconocimiento humilde de la pequeñez y la necesidad. Juan Eudes utiliza el término "nada", para subrayar la gran limitación de la naturaleza humana sin la gracia que la restablece. En términos más contemporáneos, diríamos que para recibir el don debemos expresar humildemente nuestro deseo. El término "adhesión" es ampliamente utilizado por Juan Eudes para hablar de la gracia del bautismo; es lo mismo en la pedagogía espiritual ligada al culto del Corazón de Cristo; se trata de adherirse a la persona de Jesucristo, a su Corazón, para recibir la gracia de amar y cumplir la vocación cristiana, que es la de todo ser humano. El sacramento de la Eucaristía se entiende en este sentido de la comunión con Cristo, para recibir la manifestación de su amor. Así, Juan Eudes contempla el amor del Corazón de Jesús que se manifiesta precisamente en el santo Sacramento, según el título del capítulo IX: "El divino Corazón de Jesús, hoguera de amor para nosotros en el santísimo Sacramento". Juan Eudes insiste sobre el don actual para los creyentes, comulgando al Corazón en la comunión eucarística:

Lo que entonces pasó, pasa también ahora. Porque tu amabilísimo Corazón, Jesús mío, está en este sacramento del todo abrasado en amor a nosotros; y obra para nuestro bien mil y mil efectos de su bondad. (OC VIII, p. 257)



En una búsqueda de síntesis, Juan Eudes retoma varios temas clásicos de la teología y trata de contemplar el Corazón de Cristo en su totalidad, como aquello que unifica todas las afirmaciones de la fe. A menudo se trata de trípticos:

- El Corazón de Jesús, principio de la vida del Hombre-Dios, de la vida de la Madre de Dios y de la vida de los hijos de Dios (Quinta meditación, OC VIII, pp. 342-344)
- El Corazón de Cristo que ama ardientemente a la Iglesia triunfante en el cielo, a la Iglesia militante en la historia y a la Iglesia que sufre esperando la luz, "incluso en el infierno". (Capítulo 7, OC VIII, pp. 241-245)
- La contemplación de Cristo actuando en el mundo de la naturaleza, en el mundo de la gracia y en el mundo de la gloria. (Séptima meditación: "Los Milagros del Corazón de Jesús", OC VIII, pp. 347-350)
- La aceptación de la transformación que el Espíritu Santo obra en los corazones humanos: el Corazón de Jesús como horno de amor que purifica, ilumina, santifica, transforma y deifica. (Octava meditación, OC VIII, pp. 350-353)

Juan Eudes quiere demostrar que nada escapa al amor de Cristo manifestado en su Corazón, y que actúa en todo lo que constituye la revelación cristiana. Hay una voluntad hegemónica por parte de Juan Eudes, no tanto como una regla que se impondría desde el exterior, sino como conclusión que se desprende de lo que percibe del Corazón de Jesús. Este Corazón está en el centro de todas las realidades a las que se dirigió: en el corazón de la Trinidad, en el Corazón de María y en el corazón de los fieles; este corazón es también el motivo y el agente de la creación, la encarnación y la redención. Y cuando Dios "sea todo en todos" (1Cor 15,28), todo se unificará en el amor, en y por este inmenso corazón que se ha hecho visible en la persona de Jesús. Así, la encíclica *Haurietis aquas* del papa Pío XII (1956) afirma:

Esta verdad fundamental nos permite entender cómo el Corazón de Jesús es el corazón de una persona divina, es decir, del Verbo Encarnado, y que, por consiguiente, representa y pone ante los ojos todo el amor que Él nos ha tenido y nos tiene aún. Y aquí está la razón de por qué el culto al Sagrado Corazón se considera, en la práctica, como la más completa profesión de la religión cristiana. Verdaderamente, la religión de Jesucristo se funda toda en el Hombre-Dios Mediador; de manera que no se puede llegar al Corazón de Dios sino pasando por el Corazón de Cristo, conforme a lo que El mismo afirmó: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre, sino por mí" (Jn 14,6)

Siendo esto así, fácilmente se deduce que el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús no es sustancialmente, sino el mismo culto al amor con que Dios nos amó por medio de Jesucristo, al mismo tiempo que el ejercicio de nuestro amor a Dios y a los demás hombres. Dicho de otra manera: Este culto se dirige al amor de Dios para con nosotros, proponiéndolo como objeto de adoración, de acción



de gracias y de imitación; además, considera la perfección de nuestro amor a Dios y a los hombres como la meta que ha de alcanzarse por el cumplimiento cada vez más generoso del mandamiento "nuevo" que el Divino Maestro legó como sacra herencia a sus Apóstoles. (núm. 29)

El misterio que manifiesta el Corazón de Cristo es el amor de Dios o Dios que es amor (véase 1Jn 4,8). Por eso hay tanta coherencia de todos los misterios, pues todos están unificados en el misterio por excelencia, que es el Dios-hombre, Cristo Jesús, la encarnación del amor de Dios.

Esta unificación no es accidental, se vincula directamente a lo que significa el Corazón. El Corazón de Cristo manifiesta la unidad de los misterios de Dios; el Corazón de Cristo manifiesta que el corazón humano es el medio de su unificación personal; el Corazón del Señor hace posible comprender y vivir las relaciones humanas en la llamada fundamental a la comunión, que comienza con la unidad entre los discípulos. El Corazón es uno, es un vector de unión, llama a la unidad, porque así actúa el amor que manifiesta.

Conclusión: evangelizar, formar, acompañar

Ciertamente es necesario valorar para hoy la aportación de la teología espiritual de san Juan Eudes sobre el Corazón de Jesús. La distancia histórica es innegable, y nunca debe borrarse: las ciencias humanas han hecho evolucionar la antropología teológica clásica, la expresión de la fe tiene en cuenta la distancia cultural del autor, los propios contenidos doctrinales se cuestionan, y la Tradición intenta abrirse paso en medio de una multiplicidad de propuestas espirituales.

La exposición de la teología del Corazón de Jesús conduce a tres grandes retos para continuar hoy el mandato recibido del Señor de anunciar el Evangelio a toda criatura (véase Mc 16,15).

La contemplación del Corazón divino de Jesús en el centro de toda la realidad, que nos transmitió san Juan Eudes, así como su validación por el Magisterio en palabras del papa Pío XII ("la profesión práctica de toda la religión cristiana"), tienen un verdadero significado pastoral. El anuncio del misterio de Dios se realiza sobre todo mediante la manifestación de quién es, y Dios es amor. El Corazón de Jesús revela quién es Dios, y toda palabra sobre Dios debe pasar por el tamiz de esta verdad fundamental. El culto o la espiritualidad del Corazón de Jesús es el fundamento de la evangelización por su contenido: la Iglesia no tiene otra cosa que decir al mundo que el amor infinito de Dios que salva y lleva a todos a la realización de su vocación.

Es cierto, sin embargo, que esta espiritualidad exige una formación en su contenido, especialmente en la visión teológica integral que ofrece a los creyentes. Este es el segundo reto al que nos enfrentamos: ofrecer el texto de san Juan Eudes y dar los medios intelectuales para una comprensión no



solo correcta sino completa. El gran interés del planteamiento de san Juan Eudes es que encierra tanto la densidad teológica como la ligereza de la poesía, que se unifica en la celebración litúrgica. Ofrece tanto lo que parece un tratado estructurado como himnos y otras llamas que utilizan las más diversas palabras para contar el misterio.

Finalmente, el tercer reto está vinculado al objeto mismo de lo que se comprende, contempla y reza: el Corazón de Cristo es el origen de nuevos dinamismos personales y comunitarios, porque quien se acerca a este Corazón no puede quedarse sin actuar. Se trata de acompañar a cada persona y a las comunidades adscritas a este culto del Corazón en la transformación del mundo, ya que esta es la misión del Verbo Encarnado, del Cristo del Inmenso Corazón que vino al mundo para liberarlo del pecado y ofrecerle un futuro digno de su vocación.

Dejemos las últimas palabras a san Juan Eudes, que compuso muchos himnos, cada uno más sublime que el anterior, utilizando sus conocimientos teológicos para encontrar las palabras más apropiadas que siempre dejaban que el misterio desbordara el significado inmediato:

*¿A quién debemos más amor y homenaje
Que al Corazón de un Dios, objeto de nuestros honores?
El santo, omnipotente y omnisapiente Padre,
¿No lo ama por encima de todos los corazones?*

*Oh, Corazón, el amor de la Madre admirable,
El cielo del Padre Todopoderoso,
Del tres veces Santo la gloria incomparable,
Corazón todo amor y siempre triunfante.*

*Recuerda, misericordioso Salvador,
De ese magnífico y real amor
Que, sacándote del seno de tu Padre,
Te colocó para mí en el seno virginal.*

*Adiós a la noche y a los sueños del mundo;
Mi querido Amor y mi soberano bien
Es mi Jesús, en el que solo estoy fundado:
Oh, mi gran Todo, aparte de ti no quiero nada. (OC VIII, p. 371)*

Referencias

Arragain, J. (1955). *Le Cœur du Seigneur*. La Colombe.

Bertrand, M. de. (1992). *Histoire doctrinale du culte au Cœur de Jésus*, Mame.

Catecismo de la Iglesia católica. https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html



- Commission Théologique Internationale. (1988) *Questions choisies de christologie*. Éditions du Cerf.
- Concilio Vaticano II. (1965, 7 de diciembre). Constitución pastoral *Gaudium et Spes*. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html
- Eudes, J. (1908). *Oeuvres complètes du Vénérable Jean Eudes VIII*. Imprimerie Lafoyle Frères.
- Francisco. (2013, 29 de junio). Carta encíclica *Lumen Fidei*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20130629_enciclica-lumen-fidei.html
- Pío XII. (1956, 15 de mayo). Carta encíclica *Haurietis aquas*: sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús. https://www.vatican.va/content/pius-xii/es/encyclicals/documents/hf_p-xii_enc_15051956_haurietis-aquas.html
- Stein, E. (1982). *La puissance de la croix: anthologie* (6.^a ed.; T. Soriano, trad.) Nouvelle Cité.

